

*España en clave de
Pasodoble*

Tato

España en clave de pasodoble.

Era una mañana muy fría de julio, el sol asomaba tibio, tan tibio, que no podía sacar el hielo que el tiempo había depositado sobre mis recuerdos. Siempre fue mi ídolo, mi guía, casi, casi lo más grande que tuve en mi vida: Bartolo, mi abuelo. Hoy el tiempo se llevaba cruelmente los recuerdos de mi cabeza, solo me quedaba un desgastado, carcomido recuerdo del abuelo, que repetía sin cansancio las mismas anécdotas. Un hombre duro, recio, como el tiempo que lo había curtido, pero de un corazón tierno, que supo legar a sus descendientes, la dureza ante la verdad y la dulzura de una reconfortante caricia al alma. Con el tiempo, se había convertido en aquel, al que me gustaba escuchar. Extasiado, esperaba el momento en que comenzara a desandar, a destejer esa maraña de recuerdos, que me llevaban a una tierra muy lejana.

Pero este día tenía otra función. Los recuerdos se esfumaron y tenía que rescatarlos de algún lugar, donde el tirano Cronos los había encerrado, bajo aquella capa de monotonía y olvido, que despiadadamente los encarcelaba. A la lejanía se veía el mástil de una bandera descolorida y deshinchada, una carpa multicolor remendada, un rugido y el traqueteo de un circo que comenzaba a despertarse. Yo llevaba un cargamento de alimentos para los animales, pero mi intención era otra, era escarbar en los recuerdos de un maravilloso personaje de nuestra Córdoba de antaño, el FANTÁSTICO TONY TACHUELA. Mi papá, Don Juan, me aseguraba que era un fiel compañero, de algún momento de la vida de Bartolo, cuando en patios arbolados, del envejecido Bower, se devanaban zarzuela y fandangos, viejas historias españolas de la mano de un circo itinerante, que recalaba siempre por esos lares; no había muchos lugares donde ir, Córdoba era solo un pañuelo y las distancias se alargaban, como los estómagos vacíos de aquellos que yugaban, todos los días en el circo. Mi abuelo, dueño de la pulpería del pueblo, los invitaba a menudo, para desenvolverse allí, en el interior cercano. El Circo del Tony Tachuela.

Era un iluminado del espectáculo, que tanto podía convertirse en payaso, como en el fiero muchacho que enterraba un cuchillo previamente ensangrentado, en la actriz que lo acompañaba en las zarzuelas españolas. Era equilibrista, malabarista y tantas cosas más. Imaginé encontrar a un corpulento anciano, mezcla de los musculosos rusos de algún circo de los grandes, que nos visitaba o un magnífico mago, con galera y sombrero, con una capa brillante, un conejo en la mano y un pañuelo en el otro. Me imaginé encontrar un anciano corpulento, como si el tiempo hubiese tallado el cuerpo diestro, de los equilibristas del circo Real Madrid.

Más, contrastante, fue mi visión del mismo. Me escabullí en la carpa, enredado entre los piolines lo encontré. Sentado sobre un viejo horcón, un desgarbado hombrecito cortaba zanahorias, para dárselas a un monito, que bailoteaba por encima. Era pequeño, encorvado, de una flacura casi espectral, de una piel morocha y curtida por el tiempo, el tiempo rudo del circo. Los surcos atravesaban su rostro en todas direcciones, formando un mapa que asemejaba los destinos por donde había transitado. Era la sombra de un gran hombre.

- Hola - me dijo con una sonrisa en sus labios-.
- Hola - respondí tímido.
- Sé que venís a buscar...

Quedé sorprendido por la profecía. El devanar carreteles de caminos, le había dado la visión para saber que aquel muchachuelo, con cara sonrojada, venía a buscar algo más, venía a robar, era un pilluelo, un ladrón de recuerdos maravillosos. Me senté a su lado y comenzó a desandar como un cuento, una historia de la que solo tenía algunos trazos, de un lienzo incompleto. Bartolo, su gran amigo, el que tantas veces le dio un plato de comida a su raído estómago.

- Tu abuelo fue alguien muy especial... comenzó el relato apasionado.

Un día, en la más pobre de las regiones de Murcia, un mozuelo de cabellos rubios, de ojos color mar, esa que tanto añoraba, se hizo a la aventura de escapar de una guerra sin sentido (¿cómo si alguna lo tuviera?). Había nacido al agonizar un siglo maldito para nuestra patria madre. La decadencia, la pobreza, la miseria, el hambre, la guerra y una gran promesa: las Américas. Las ricas huertas estaban deshechas, los tejados eran jardines colgantes, de una miseria que se apuñaba en un par de pimientos o en una ristra de ajos que no alcanzaba para matar, al villano hambre, que las tripas vacías reclamaban. Una familia grande, él, un mozuelo de un puñado de años y nada más, la nada misma.

Un viejo barco cruzó la mar con rumbo no muy claro, por momentos Brasil, por momentos Argentina. Entre medio, más hambre y más muerte, el mar se convirtió en la tumba de muchos españoles que llenaron su corazón de una ilusión, que se estrelló en los cascos de algún viejo buque. Río de Janeiro parecía la salvación. Pero en el corazón del mozo, no simbolizaba el sueño que venía a buscar. Otro idioma, otra tierra, otras costumbres y una intuición que siempre lo acompañó y muchas veces lo lapidó. Pero esta vez no sería ese el caso. Pronto la familia se embarcó rumbo a Argentina, rumbo a un puerto lleno de pestilencias, de aguas que

bajaban turbias, como presagios de un destino, que no sería del todo venturoso. Pero este tampoco era su destino. Un pariente que le dijo una palabra, esa palabra que les sonó familiar: “Córdoba”. ¿Acaso Andalucía se replicaba en estas tierras? Quizás una copia extraña y mixturada de un crisol de razas. Pero era Córdoba y su ilusión lo llevaba allí. Recordó el Castillo de su terruño, las huertas, recordó sus terrazas sembradas, recordó los miradores de la Sierra Espuña y comenzó a imaginárselos en su nueva tierra. “Una tierra que manaba leche y miel”.

Pronto hubo un terreno, una tierra amplia, toda la familia se fue acomodando en las cercanías. La simiente que nacía fresca, con un olor a Murcia, una jota cordobesa y una vieja verdulera que lo acompañaría por muchos años, dejando escuchar sonidos tan murcianos, como españoles. Un orgullo enorme que supo heredarme por esos colores, por esos sonos, por esas comidas pobres, pero sustanciosas. Allí llegó su gran amor. Una murciana de tez morena, como aquellos moros, de los que supieron defenderse en el castillo, por tantos siglos. Una raza, mezclada con otra, un apellido que no demostraba sus facciones. Los Barceló. Pero Rosario era así, una ruda morena, con mucho de morisca y poco de española, pero con una sangre roja y amarilla, que siempre supo defender. Le decían: “la negrita” en forma despectiva, pero para el joven Bartolomé Vera, fue la que emborracho su corazón, como en aquellas noches de botas y migas, en su antigua tierra ya lejana.

La amó sin medida, la respetó y la idolatró. Ella fue su fiel compañera, ya prendida a un arado de palos, como en un viejo fregón de material. Ella, ya preparaba las legendarias “migas”, como ya una conserva de frutos de la huerta cordobesa, que una anciana andaluza le había enseñado. Ya podía amasar decenas de kilos de pan, como clavar la hoz en el rubio trival. Era una verdadera mujer. Una gran madre. Su descendencia fue variada, algunos rubios y otros morenos, pero uno le robaba el corazón, el pequeño Pepito, llevaba el nombre del abuelo José. El más inteligente de todos, era un ángel en la tierra y así se fue yendo, muy joven de una enfermedad en la sangre, como si aquello que fluía por sus venas, no fuese lo que había venido a buscar a este mundo. Rosario y Bartolo tuvieron que tomar las manecillas del pequeño desfalleciente y cruzar las distancias que lo separaban de Córdoba, en busca de un milagro, que jamás llegó. Nunca pudieron recuperarse, Rosario, aunque dura mujer murciana, fue la más afectada. Jamás pudo superarlo, aunque vinieran nuevos hijos.

Los fardos de alfalfa, los animales, las morcillas murcianas, los chacinados, las conservas no podían acallar su corazón herido, que clamaba por su pequeño ido. La familia se reunía en torno a un gran mantel tendido, que

siempre estaba dispuesto. Las risas, el humor del sur de España, mezclado con el pícaro cordobés. Allí vino lo peor, Bartolo no pudo evitar la quiebra y su negocio, que había resumido lo mejor de las costumbres murcianas-cordobesas, tuvo que ser vendido. Volver al campo, volver a los principios, volver a sus raíces. Ya no sonarían los sones de la vieja verdulera, ya no se representarían las funciones del circo del Tony Tachuela, el patio español quedaría en manos del tiempo, que lo castigaba duramente, hasta derruirlo. La salud de Rosario se resentía, sus dolores de cabeza cada vez más frecuentes y su presión arterial que subía, debido a tantas preocupaciones y malos momentos.

Una noche ocurrió, rayos y truenos surcaban el cielo, el viento fuerte del sur y un fatal momento.

- Bartolo, Bartolo ya no veo. Bartolo, un zumbido insoportable, no escucho... y nada más.

El corazón de la familia se destrozó, Rosario se había ido, un accidente cerebro vascular, fue su verdugo. Bartolo ya nunca fue igual. Tomó su verdulera, una cálida tarde de verano y ya no fueron jotas ni pasodobles, sino una triste canción de amor, dolido como el dolor de todos los inmigrantes, que dejaron parte de su corazón en el terruño y el resto, desgarrado, mal herido, se quedaba mirando la lejanía, en un punto en el horizonte, allí donde estaba su querida Lorca, la Murcia de las huertas, el terruño añorado. Cerró su verdulera y también sus recuerdos, ya nunca más volvería a tocarla, ya nunca más volvería a su patria, ya nunca más volvería a ser el mismo.

Me levanté apenado, mis ojos estaban llorosos, nunca supe de tanto sufrimiento de mi abuelo. Di unos pasos y el Tony me tomó por un brazo. Su mano correosa, sus fibras endurecidas, me dieron una sensación de recietud, pero a la vez de confianza, de serenidad y paz en mi dolor.

- Tu abuelo fue una gran persona... - comenzó nuevamente el relato- vení sentate.

Sus palabras fueron tiernas y llevaron bálsamo sanador a mi espíritu. Me contó cómo se había repuesto del gran golpe, cómo se había casi fundido nuevamente, cómo con 2º grado de escuela primaria hecha en España, logró ser secretario de la federación agraria y presidente de un consorcio caminero; cómo había llevado calles, donde no las había y cómo llevó la luz, a la Carbonada, donde se asentaría definitivamente. El tesón, el progreso, la fuerza era el sello de este gran murciano, que había dejado su tierra, escapando al hambre, a la guerra, para encontrar una tierra que le dio todo, pero le quitó muchas cosas. Tiempos de penurias, de comer poco, de repartir mucho, tierra que jamás dejó de “manar leche y miel”, como la vieja Caná de las Escrituras.

En sus últimos días se lo supo ver repartiendo su tesoro, tesoro que no era dinero, que nunca tuvo mucho; sino anécdotas, consejos, prescripciones con la porfía y testarudez de siempre. Fue un visionario y se estaba apagando con la gallardía de una gran llama, que llega a su final. Su disciplina de vida, sus ejercicios físicos, su balanceada comida lo llevaron hasta los 90 años en perfectas condiciones. Una tarde, quizás la última que lo vi bien, llegué a su casa. Me puso como acostumbraba su mano en mi cabeza y me sentó en la parecita del frente, donde solía sentarse a “cazar” viejitos encorvados, para hacerlos hacer ejercicios. Miró el cielo, posó por un instante sus ojos, ya casi ciegos en el sol y me dijo:

- Ves ese sol, mi vida se desvanece, se quema, como se queman tus ojos por él, pero me voy feliz de este mundo, porque nací en la mejor de las tierras, aunque en un momento difícil. Murcia me dio la vida, la alegría de una jota, la música que llenó mi alma, algunos que otros bocados –sonrió picarón-, me dio el amor de mi vida, me dio la fuerza para seguir. Pero Córdoba me dio lo que soy y lo que fui. No te olvides nunca de lo que vive y vivió en tu corazón, de lo que fuiste y de lo que sos. Viví pequeño, viví la vida, lo más intensamente posible y jamás te olvides que sos para otros, no para vos solo, estás en este mundo para ayudar, para servir, para ser grande, pero solamente lo conseguirás, si vas a ayudar al que lo necesita. “Tu mejor hermano es el vecino más cercano”, no te enrolles en peleas y discusiones, por una planta o por una medianera, eso son cosas de mediocres, viví y deja vivir, lo demás lo hace el que está allá – elevó su arrugado dedo al Cielo. Algún día me gustaría que volvieras a mi terruño, que tomes fuertemente el aire de las huertas, que subas al castillo, que te metas por las callejuelas, que lleves una ofrenda a la Madre de la Fuensanta, mi corazón te estará acompañando, mis ojos serán tus ojos y te iré mostrando lo maravilloso de mi tierra. Vivilo por mí, yo ya no puedo, pero vos sí, prometelo, prometelo – me dijo inquisidor.

Hoy me estoy aquí, en el regazo de la Madre de la Fuensanta que me mira, tomando el aire de las huertas, hoy él ya no está, pero miro a lo alto el castillo y lo veo erguido, como siempre fue Bartolo, soportando las invasiones moras, como él soportaba los embates de la vida; aguantándole al tiempo, como solo él sabía hacerlo; llevando vida a la vida. ¡Qué gran tipo es mi abuelo! Jamás va a morir, siempre vivirá en nuestros recuerdos. Di media vuelta y emprendí el regreso, me voy tranquilo de mi amada Murcia, que me devolvió por un momento, la magia de mi querido viejo.